

EL MISTERIO DE MOONVILLE, Lucía Sánchez

Moonville era un pueblo tranquilo y acogedor, donde todos los niños que vivían o pasaban unos días de vacaciones, no podían imaginar que a lo largo de los años dicho pueblo se convertiría en uno de los más misteriosos e inquietantes.

Desde su infancia, los niños y niñas estaban acostumbrados a jugar y pasárselo bien en la calle, durante todo el día. Recorrían el pueblo de punta a punta, escalaban muros y, en verano, cuando les rugía el estómago les encantaba ir a los huertos a coger tomates y zanahorias, lavarlos en el río, y comérselos para merendar.

A medida que pasan los años Moonville se convirtió en un pueblo rural olvidado, alejado de la civilización, sin conexión a Internet, ni tiendas, ni consultorio médico, parecía un película en blanco y negro. Los niños dejaron de divertirse en sus calles, sus familias se habían trasladado a las grandes ciudades.

El misterio comenzó el día 23 de junio, cuando el reloj de la plaza dio las once de la noche. De repente se encendieron todas las luces de las casas y los cuatro lugareños del pueblo, asustados, iban a llamar a sus familiares para informar de la situación, pero al salir a la cabina de teléfonos situada en la Plaza Mayor vieron un autobús escolar.

A la mañana siguiente por las calles del pueblo se podían ver niños vagando como zombis de un lugar para otro, buscando conexión a internet, la preocupación y la ansiedad se veía reflejada en sus desesperados rostros, sin dejarles apreciar la belleza de Moonville.

Los lugareños no podían entender cómo esos niños no disfrutaban de las calles, ni de los preciosos paisajes que invitaban a vivir aventuras inolvidables. Pero lo que realmente les preocupaba era que no se relacionasen entre ellos, que pasasen el tiempo sentados alejados los unos de los otros sin apenas dirigirse dos palabras seguidas. Lo que no se imaginaban los habitantes es que iban a ser la mejor medicina para su enfermedad.

Moonville había sido seleccionada entre una gran cantidad de pueblos para ser pionera en un Proyecto de Recuperación Social Para Niños Adictos a las Nuevas Tecnologías. Su fin principal era que los niños aprendiesen a relacionarse entre ellos sin necesidad de utilizar un aparato tecnológico. Los lugareños aceptaron la propuesta para poder ayudar a ese grupo de jóvenes.

Su medicina consistiría en preparar diferentes actividades en las que no tendrían tiempo para pensar en las modernas tecnologías. La semana fue muy dura ya que su actitud fue muy negativa al cambio, no les divertía ninguna actividad que les proponían.

La primera actividad fue pescar en el río, al principio fue un verdadero desastre, se clavaron los anzuelos, les daba asco coger lombrices pero a medida que pasaba el día los niños cambiaban de actitud, se reían al ver como alguno de sus compañeros se caían al río y mojaban a los demás. Como recompensa, disfrutaron de unas truchas a la brasa, todos juntos, alrededor de una hoguera escuchando las historias de los viejos habitantes.

La segunda actividad fue algo más difícil físicamente, ya que no estaban acostumbrados a andar durante tanto tiempo, a lo largo de su corta vida habían pasado mucho tiempo sentados delante de una pantalla. Al principio, todo eran quejas y lamentos, pero cuando llegaron a la cima de la montaña Leonville, las vistas les dejaron sin palabras. Los paisajes, tan impresionantes, que antes veían en sus pantallas podían apreciarlos con sus propios ojos ¡No podían creer lo que estaban viendo! No había filtros que maquillasen la realidad.

La tercera y última actividad fue la más impresionante de toda su estancia, la convivencia con animales es algo que nunca olvidarán. Pasaron la noche al aire libre cuidando los rebaños de ovejas y vacas, donde pudieron observar una noche tan clara que en el cielo no cabía ni una estrella más, era como estar en el espacio. Al amanecer, se dividieron las tareas para poder desayunar, un grupo de niños ordeñaron las vacas, fue una experiencia fascinante ver como la leche salía de una ubre y no de un tetrabrik. Otro grupo de niños buscaban leña para poder hervir la leche y hacer unos huevos fritos. El desayuno les dio las fuerzas suficientes para poder correr, jugar y saltar el resto de la mañana.

Sin darse tan apenas cuenta la semana estaba llegando a su fin, habían pasado los días tan rápidos que no habían echado de menos la vida tecnológica y estresante de la gran ciudad. Los niños abandonaron Moonville llorando de pena, no querían marcharse, habían descubierto no solo un sitio maravilloso y unos lugareños inolvidables sino que habían vivido las mejores experiencias de sus vidas, sin realidad virtual, llevándose los mejores recuerdos y amigos que tendrán un hueco en su corazón para siempre.

Cuando se marcharon los niños el pueblo se volvió a quedar vacío durante unos días, lo que no esperaban los habitantes es que el proyecto piloto fue tan exitoso que durante el verano se repetiría cada semana, el campamento fue nombrado “El Misterio de Moonville”. Los niños zombis del principio se transformaban en niños alegres después de disfrutar de “misteriosas” aventuras.